

editorial

La vivienda es un bien económico que cada día se hace más escaso. El enorme progreso técnico y científico de las últimas décadas, no ha logrado dar el paso de un sistema de construcción artesanal a la producción masiva de vivienda. Se han hecho tímidos ensayos en prefabricados que han acelerado parcialmente el proceso constructivo, pero sus costos hacen prohibitivo su empleo por parte de la gran mayoría de la población. Los materiales utilizados son excesivamente costosos -los países en desarrollo tenemos que imitar a los países ricos en el lujo y el despilfarro- y lo que es peor, la especulación con la propiedad raíz y las ganancias inmoderadas de los constructores e intermediarios son aceptadas como práctica común. A este tipo de explotación de la necesidad del otro, se le llama "habilidad en los negocios" o "aprovechamiento de coyunturas propicias".

A pesar de tratarse de un artículo de primera necesidad, no existen todavía los mecanismos que permitan a todos los miembros de la sociedad tener acceso a una vivienda decente. Más aún, con la perversidad propia de los sistemas en los que la ley suprema es el mercado, el problema de la vivienda ahoga cada día masas de inquilinos o tugarianos, mientras la Universidad se complace narcisísticamente en fabricar más y más diseñadores de una "belleza material e inerte" que no tiene relación con el hombre.

Tampoco el Estado desempeña un mejor papel en este renglón, ya que como podrá verificarse en el análisis que

presentamos a continuación, las políticas estatales no están diseñadas para la población real de Bogotá, sino para una ciudad ideal de clases medias con ingresos medios. La coincidencia entre la desorientación estatal y la egoísta despreocupación del sector privado conduce a lo que ha venido llamándose impropriamente la "proletarización" ya que debería más bien apodarse la "ruralización" de nuestras ciudades grandes.

Esa coincidencia que teje toda una red de explotación tiene la dureza agobiante del círculo vicioso de la pobreza en el cual no se distingue fácilmente cuál sea el primer eslabón que hay que romper para liberar al pueblo de su cadena de miserias.

El experimento que adelanta el CIAS con su proyecto de Vivienda Popular Prefabricada tiene el mérito de atacar el problema por tres lados. Pero no es sino un experimento, que aunque exitoso, dejará intacta la necesidad existente si no es adoptado por un mecanismo capaz de asegurar su alcance.

Es al Estado a quien corresponde cuidar del bien común. Por consiguiente, sus políticas deberían inspirarse en éstos o en parecidos experimentos. Estas soluciones sencillas en su ejecución y complejas en su concepción tienen la ventaja de hacer más por el orden público de lo que puede lograr cualquier patrullaje de la ciudad. La fiebre nunca ha estado en las sábanas.